

**Javier R. Portella**

# **El PSOE y la II República: ¿democracia o comunismo?**



**Con los documentos  
decisivos**

**“Habrá soviet en España en cuanto caiga Azaña”**

**—Largo Caballero**

**“Largo Caballero actuó como queremos actuar hoy nosotros”**

**—Pedro Sánchez**

EL PSOE Y LA II REPÚBLICA:  
¿DEMOCRACIA O COMUNISMO?

Javier R. Portella

El PSOE y la II República:  
¿democracia o comunismo?

**Ediciones  
Insólitas**

Primera edición: septiembre de 2021

© Difusión de revistas y libros, S. L. U., 2021

© Javier R. Portella, 2021

ISBN: 978-84-121037-4-8

Depósito Legal: M-24991-2021

Grupo Editorial Insólitas

Hilarión Eslava, 30  
28015 Madrid

[editorial@edicionesinsolitas.com](mailto:editorial@edicionesinsolitas.com)

[www.edicionesinsolitas.com](http://www.edicionesinsolitas.com)

# Índice

I. Una pregunta sólo histórica pero que se considerará política	II
II. De la ilusión a la desilusión	4I
III. «El proletariado debe adueñarse del poder»	17I
IV. Indalecio Prieto: navegando entre dos aguas... y hundiéndose en una sola	187
V. ¿Hacer la revolución o ganar antes la guerra?	107
VI. Lemas a modo de fogonazos	117
A modo de conclusión	127
Apéndice documental	137

Largo Caballero actúo como  
queremos actuar hoy nosotros.

PEDRO SÁNCHEZ,  
Presidente del Gobierno y  
secretario general del PSOE (2021)

En cinco años se habrá derribado la  
presente democracia y quedará  
perfectamente establecida la  
Unión de Repúblicas Soviéticas  
de la Península Ibérica.

FRANCISCO LARGO CABALLERO,  
Presidente del Gobierno y  
secretario general del PSOE (1936)

I

UNA PREGUNTA SÓLO  
HISTÓRICA, PERO QUE  
SE CONSIDERARÁ  
POLÍTICA

## LA ABSURDIDAD DEL PRESENTE LIBRO

Digámoslo de entrada: este libro es absurdo. Tan absurdo... como, sin embargo, necesario, absolutamente necesario.

Si este libro es absurdo, es por dos razones. La primera tiene que ver con la cuestión central que en él se plantea: ¿eran realmente aspiraciones democráticas las que impulsaban la acción del Partido Socialista durante la Segunda República y la Guerra Civil a la que ésta abocó? Semejante pregunta tiene una respuesta tan clara, tan manifiesta, que parece absurdo dedicar a tal cuestión todo un libro.

Pero dicha absurdidad se desvanece tan pronto como consideramos que la respuesta a dicha cuestión, lejos de ser de dominio general, es ignorada por la inmensa mayoría.

Detengámonos, sin embargo, un instante. Como dicha cuestión va a ocuparnos a lo largo de todas estas páginas, la podemos dejar de lado un instante a

fin de abordar otro asunto que también tiene que ver con la aparente absurdidad de este libro.

Si éste puede parecer absurdo, es también porque, haga lo que haga y escriba lo que escriba su autor, las cuestiones aquí planteadas se van a ver proyectadas en la arena del debate político de nuestros días cuando sólo deberían estarlo en la de la reflexión histórica, ahí donde, amansado el furor de la pasión y de la sangre, los hombres se dedican a pensar y no a combatir en torno a lo que constituye su destino colectivo.

Es cierto que, por amansada que esté, nunca es fría la historia (esa cosa pasada, periclitada, consideran muchos; esa cosa que sólo les interesa como pintoresca curiosidad). Ni siquiera es fría la historia que estudian circunspectos y doctos historiadores. Lo que por ella fluye es siempre sangre y vida: esa vida de todos —recordémoselo al individualista hombre de hoy— sin la cual no existiría la vida ni de uno solo de nosotros.

Pero una cosa es la calidez de la historia, cualquiera que sea el momento de su transcurso, y otra muy distinta es que la reflexión sobre hechos acontecidos hará casi un siglo se convierta en arma candente y arrojadiza que se lanzan a la cabeza los nietos o biznietos de quienes combatieron heroicamente entonces.

¿Combatieron heroicamente?... Sí, heroicidad hubo en ambos bandos (y vileza, por supuesto, tam-

bién). Bueno será que lo recordemos y celebremos en esos tiempos nuestros que, insípidos y deletéreos, ignoran lo heroico tanto como lo desprecian.

Es absurdo que hechos históricos acontecidos hace casi un siglo se conviertan en arma arrojada de nuestro presente. Es absurdo que, en el año 2021, una cuestión como la que plantea este libro —las opciones históricas que el Partido Socialista Obrero Español adoptó entre 1931 y 1939 (recordemos las fechas, pues a veces hasta parece como si se olvidasen)— se convierta en una cuestión ardientemente política, en un asunto de candente actualidad.

No es éste el propósito del presente libro.

Quisiera su autor que el análisis histórico que aquí se contiene —se adhiera o se disienta de él, se acepte o se impugne la valoración que se hará del principal protagonista— no fuera otra cosa que precisamente eso: un análisis histórico, una reflexión destinada a tratar de entender lo que se jugaba en aquellos años, tan palpitantes y atroces, de nuestro destino colectivo.

Pero no es en absoluto esto —también lo sabe el autor— lo que ocurrirá. Está tan enrarecido el aire que nos envuelve, está tan envenenada la atmósfera de nuestra escena política, que la cuestión histórica aquí planteada se convertirá inevitablemente en una cuestión tan actual como política.

Recordemos dicha cuestión: ¿qué era lo que, a lo largo de la República y de la Guerra Civil impulsaba la acción del Partido Socialista y, por ende, la del conjunto de una España republicana cuya preponderante fuerza política eran, sobre todo a partir de la guerra, los socialistas? Lo que guiaba su acción, ¿eran realmente aspiraciones democráticas, liberales, pues? ¿O lo que los guiaba eran, por el contrario, esperanzas revolucionarias?

LA VISIÓN OFICIAL,  
EL IMAGINARIO IMPERANTE

Dicho con otras palabras, ¿se puede aceptar o se tiene que impugnar la respuesta, hoy oficialmente imperante al respecto? Lo que esta respuesta nos dice —añádasele todos los matices y variantes que se quiera— es lo siguiente. Durante la República y sobre todo en la guerra se produjeron, es cierto, algunos desbordamientos por parte de las masas encolezadas. No dejan de ser comprensibles tales excesos, aunque también se debe reconocer que son muy de lamentar. Ahora bien, si dejamos de lado unos desbordamientos cuya responsabilidad no incumbe a

las autoridades republicanas, se ha de reconocer que no era más que legalidad, orden y democracia lo que perseguía, tanto en la paz como en la guerra, una República que fue asaltada por unas fuerzas derechistas y cavernícolas que se alzaron contra ella sin otro motivo que el de imponer su tiranía reaccionaria.

Basta cuestionar la anterior explicación, basta interrogarnos sobre ella, basta enunciar la pregunta que preside a este libro, para que se abran al instante dos cosas. Por un lado —aún no se ha abierto, pero se puede abrir mañana—, un proceso penal por delito contra la Ley de Memoria Histórica (y Democrática).

Lo que en cualquier caso se abre ya hoy mismo es la caja de los truenos. De ella salen —enmohecidas por la herrumbre de casi un centenar de años, pero prestas al disparo— las armas del más enconado enfrentamiento político.

¿Por qué semejante absurdidad?

Si ya no es posible evitarla, intentemos al menos comprender las razones que nos han conducido a ella.

## EL PACTO MUTUO DE NO AGRESIÓN HISTÓRICA

Cuando hace más de cuarenta años echó a andar en España el nuevo Régimen político, entonces denominado «la Transición», nuestra escena política quedó marcada por un hecho fundamental: el «abrazo de Vergara»<sup>1</sup> que se dieron —o pareció que se daban— los dos grandes enemigos históricos; un abrazo mediante el cual se enterró el hacha de guerra blandida durante décadas por las dos Españas que nos habían helado el corazón.

Hay que reconocerlo: una de las dos Españas —la vencedora en la Guerra Civil— siempre se ha mantenido fiel (¿puede alguien alegar un solo hecho que lo desmienta?) al pacto sobre cuya base se emprendió la nueva singladura política. A la España de derechas se le podrá reprochar lo que sea, se podrá verter sobre ella cuanto odio y cuanta hiel se quiera, pero nunca se podrá negar, salvo faltando a la decencia, su lealtad al Pacto mutuo de no agresión histórica (llamémosle

---

1. Recordemos, para las víctimas de la LOGSE y demás planes educativos, que el Convenio de Vergara (popularmente conocido como Abrazo de Vergara, por haber sido éste el lugar donde el general isabelino Espartero y el carlista Maroto sellaron la paz dándose un abrazo) es el acuerdo por el que el 31 de agosto de 1839 se puso término a la Primera Guerra Carlista.

así) que se selló en 1978. En ningún momento la derecha española, en cualquiera de sus diversas y contrapuestas versiones, ha lanzado campaña política alguna —y una campaña política es algo que va mucho más allá de algunos libros o artículos de historia— destinada a vituperar los desmanes cometidos por la España republicana tanto durante la Segunda República como en el transcurso de la Guerra Civil.

La lealtad de la derecha incluso ha sido llevada hasta la caricatura por parte de los acomplejados representantes de una derecha liberal que, encaramados al poder, no han tenido el menor inconveniente en bajar la testuz, inclinarse ante la visión del mundo propugnada por sus adversarios (cosa lógica: comparten dicha visión) y condenar única y exclusivamente al Régimen vencedor de la guerra.

Los hijos del franquismo —y la paradoja es considerable— han repudiado a sus padres sin pronunciar una sola palabra sobre los desmanes cometidos por el Régimen del que sus padres les libraron.

Políticamente hablando, no han dicho ni una palabra. Es cierto que en esto, exactamente en esto consistía el Pacto de la Transición: en callarse la boca, en no decir —políticamente— nada sobre lo que había ocurrido en aquellos años de horror. Ahora bien, si el Pacto consistía en no decir nada, eran ambas partes las que se obligaban al silencio.

No una sola de ellas. No sólo la derecha era la que tenía que callarse.

Sólo ella, sin embargo, se ha callado.

El Pacto de la Transición consistía, en últimas, en algo tan sencillo como en comprometernos unos y otros en no decir, pública, políticamente, nada sobre los desmanes cometidos por unos y otros en el curso de estos tres grandes momentos históricos: la Guerra Civil, la República que la antecedió y el Régimen que la siguió.

Dicho con otras palabras, el Pacto consistía en reconocer que en esta película no hay, políticamente hablando y a día de hoy, ni «buenos» ni «malos». O si los hubo a día de ayer (y por supuesto que los hubo), sólo a los historiadores incumbe estudiarlos y analizarlos.

Resulta sin embargo que si la España de derechas ha respetado el Pacto —hasta la ignominia de la autoflagelación por parte de la derecha liberal en el poder—, todo lo contrario ha sucedido con la España de izquierdas y, muy en particular, con la que rige nuestros destinos desde que un cierto José Luis Rodríguez Zapatero accedió al Palacio de la Moncloa en el año 2004.

¿Cómo que no hay, a día de hoy, ni «buenos» ni «malos» en esta película? Vaya si los hay, y cómo, para la imagen que de la República y de la Guerra Civil la izquierda y la mayor parte de la derecha liberal han dejado grabada en nuestro imaginario colectivo.

## UNA PREGUNTA SÓLO HISTÓRICA

En realidad, nunca la izquierda llegó a suscribir verdaderamente —de corazón— el Pacto mutuo de no agresión histórica. Todo lo que hizo fue tolerarlo por la sencilla razón de que, al iniciarse la Transición, no tenía en sus manos ninguna otra posibilidad. Lo aceptó con la boca chica, casi haciendo ascos; pero al menos se abstuvo de desatar hasta 2004 ninguna campaña de odio retrógrado, por dar tal nombre al odio que, centrándose en un periodo histórico, es obsesivamente llevado a la palestra de la actualidad.

Ahora bien, si en los primeros años de la Transición el conjunto de la izquierda había tolerado el Pacto mutuo de no agresión histórica, también estaba claro —o tendría que haberlo estado— que aquella situación no podía durar.

Y no duró.

## DOS VARAS DE MEDIR

El Pacto de la Transición no podía durar porque, en realidad, todo estaba falseado desde el principio, desde el momento en que las fuerzas políticas de uno de los dos lados —Partido Socialista, Esquerra Republicana y Partido Comunista—, al tiempo que man-